



Corpus Christi - 2008

Celebramos hoy, con la mayor solemnidad, el mismo misterio Eucarístico que actualizamos cada día como memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo. En cada Eucaristía, el Señor se entrega como sacrificio redentor para el perdón de los pecados y como sacramento del Cuerpo de Cristo, que se nos reparte para ser comido como Pan de la Vida y ser adorado con amor y gratitud.

Sin embargo, en esta Solemnidad del Corpus Christi se pone de relieve en mayor medida el misterio de la presencia real de Cristo en el Pan y en el Vino, consagrados por el Espíritu Santo como sacramento de su Cuerpo y de Sangre. Esta relevancia mayor de la presencia real se manifiesta en la Procesión del Sacramento del Cuerpo de Cristo por las calles de las ciudades y pueblos, para ser adorado públicamente por los fieles.

La Palabra de Dios hoy proclamada ha situado en la primera lectura el don de la Eucaristía en referencia al maná, con el que Dios alimentó a su pueblo peregrino en el desierto. Era el espacio y el tiempo de la prueba a la que Dios sometía a su pueblo, para comprobar su fidelidad y su confianza en Él, mostrando con hechos dónde tenía puesto su corazón y de qué bienes aspiraba a vivir: del pan material que alimenta su cuerpo o bien de la verdad que, como luz para la vida, sale de la boca de Dios.

En este contexto, el alimento con el maná es un medio de la pedagogía de Dios para conducir al pueblo a la confianza en él y en el poder salvador de su palabra. Y el mismo maná tiene carácter de memorial: es el alimento divino que actualiza la solicitud amorosa y el cuidado providente de Dios respecto de su pueblo, para que no olvide y mantenga viva la fe en su Dios, que le sacó de Egipto. A la vez, el maná es figura y anticipo de la eucaristía y de Cristo mismo como el verdadero pan de vida.

Aquellas circunstancias, propias de la experiencia histórica de Israel en el desierto, tienen significación universal e iluminan actitudes constantes de la existencia humana en cualquier tiempo.

El mismo Jesús nos autoriza a realizar esta interpretación, cuando en el desierto responde al tentador, que le invita a saciar su hambre convirtiendo las piedras en pan, citando las palabras con las que el Deuteronomio pretendió enseñar *“que no sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios”*.

Lo que estaba en juego en la tentación de convertir las piedras en pan para saciar el propio apetito era el orden justo en el camino del ser humano. Y, más en lo profundo, lo que estaba y está en juego en toda tentación es la primacía de Dios en la vida del hombre.



A lo largo de toda la historia humana, ¿hay algo más trágico que el hambre de la humanidad? Si Dios había alimentado a su pueblo con el maná, ¿no tenía que acreditarse el Mesías como redentor del mundo, dando de comer a todos y acabando para siempre con el problema del hambre?

Una buena parte de los hombres de nuestro tiempo le presenta hoy a la Iglesia el mismo reto tentador: Si quieres ser la Iglesia de Dios, preocúpate ante todo del pan para el mundo. Y no es fácil eludir este desafío, porque el grito de los hambrientos nos llega hasta el fondo del alma, de forma especial en este “Día de Caridad”.

La respuesta de Jesús a la provocación del tentador no se agota en su cita de las palabras del Deuteronomio: *“No sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios”*.

Jesús multiplicó el pan para las personas que le habían seguido por el desierto para escuchar su palabra. El relato evangélico de la multiplicación de los panes es anticipo y figura del relato de la institución de la Eucaristía en la Última Cena. La Eucaristía, entregada a la Iglesia como don y mandato, será el milagro permanente que Jesús hace respecto del pan para saciar el hambre del mundo. Jesús mismo se convierte en grano de trigo que muere y da mucho fruto (cf Jn 12, 24).

Él mismo se hace pan para nosotros y la multiplicación de este pan dura sin interrupción hasta el fin de los tiempos. *“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo...El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que como mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”*.

En obediencia libre al Padre por amor, Jesús tenía que entregar su Cuerpo a la muerte y derramar su Sangre en la Cruz, para dárnoslos como el alimento y la bebida de la vida nueva de los hijos de Dios. *“El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, no es comunión con el Cuerpo de Cristo”* (1 Co 10, 16). La Eucaristía es la respuesta perfecta de Jesús a todas las provocaciones que el tentador le presenta en referencia a todas las necesidades de los hombres. Y en la Eucaristía hemos de buscar nosotros en todo tiempo la respuesta a nuestra necesidad de saciar nuestro hambre de humanidad plena, es decir, de verdad, de amor, de libertad, de justicia, de paz y de esperanza, en la Palabra de Dios.

La Iglesia debe encontrar y ofrecer siempre en la Eucaristía la respuesta perfecta a las peticiones que, de forma más o menos provocadora, le presentan los hombres de todos los tiempos. En efecto, en la Eucaristía, mediante la comunión del Cuerpo de Cristo, el Espíritu Santo convierte a la Iglesia en instrumento de transformación de los hombres en hombres nuevos, recreados a semejanza de Jesús. Mucho mayor, más necesario y de mayor trascendencia que el milagro de cambiar las piedras en panes, es el milagro de convertir el corazón de piedra del hombre en corazón de carne, con auténtica



sensibilidad humana y capaz de amar a Dios y al prójimo, reconocido como hermano a la luz de la nueva ley del Espíritu de vida, infundida por Dios en lo más profundo de su alma. Así se hace realidad el antiguo anhelo y esperanza de Israel: “*Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos*” (Ez 36, 26-27).

Esta transformación del corazón humano tiene lugar porque **el pan que partimos nos hace entrar en comunión con el cuerpo de Cristo** (cf 1 Cor 10, 16) y vivir su misma vida: “*el que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él*” (Jn 6, 56), de la misma manera que Jesús vive por el Padre, que le ha enviado (cf Jn, 6, 57). Y así se edifica la unidad: “*Pues si el pan es uno solo y todos participamos de ese único pan, todos formamos un solo cuerpo*” (1 Cor 10, 17), en el cual “*todos los miembros se preocupan los unos de los otros*” (1 Cor 12, 25).

¿Por qué hay realmente tanta hambre en el mundo? Porque las almas están en ceguera y escasas de alimento espiritual; porque los corazones están petrificados. El mundo está en desorden, porque los corazones están faltos del amor que muestre el camino hacia la justicia. Por ello, es preciso siempre tener presente que “*no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*” (Mt 4, 4). Para que haya pan para todos, primero tiene que ser alimentado el corazón del hombre. Para que haya justicia entre los hombres, la justicia tiene que crecer en los corazones; pero ella no crece sin Dios y sin el alimento fundamental de su Palabra. **Y esta Palabra se ha hecho carne para que nos pueda servir de alimento y los cristianos vivamos por Cristo, de la misma manera que él vive por el Padre.**

Siempre estaremos necesitados de meditar y de acoger de forma más plena la Palabra de Jesús: “*El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él... el que me come vivirá por mí...el que come este pan vivirá para siempre*”. Comer este pan es entrar en comunión con la persona del Señor vivo, es un dejarse penetrar por la vida de quien es el Señor, es buscar la asimilación de mi vida con la suya, es anhelar mi transformación y configuración con quien es Amor vivo. Por ello, la comunión del Cuerpo e Cristo implica la adoración y la voluntad de seguir a Cristo, que nos ha amado primero y nos precede por los caminos del mundo.

Para ayudarnos a interiorizar esta enseñanza, Benedicto XVI nos ha recordado la importancia de la adoración en la celebración eucarística y como continuación de ella: “*Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos. Precisamente así, y sólo así, nos hacemos una sola cosa con Él... La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica. En efecto, sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros*” (Sacramentum caritatis, 66).



Carlos López Hernández

Esta dimensión social de la Eucaristía tiene hoy una expresión concreta en la Jornada Nacional de Caridad, en la que Cáritas nos invita a colaborar generosamente con ella en la misión de cuidar a los más necesitados: unos son como nosotros miembros del Cuerpo de Cristo y todos llevan impresa en su alma la imagen de Dios y reflejan en su necesidad el rostro sufriente de Jesús.

Y, por fin, la adoración del Cuerpo eucarístico de Cristo tiene hoy una especial dimensión social en la procesión que prolonga la celebración eucarística en nuestras calles de Salamanca, para dar testimonio público de nuestra fe y expresar que en la Eucaristía el Señor se encuentra siempre en camino hacia el mundo como luz, sal, vida, consuelo, alegría esperanza y paz para todos. La procesión quiere ser una bendición para nuestra ciudad: Cristo es, en persona, la bendición divina para el mundo.